

Avances de las memorias del Cardenal Miguel Obando Bravo (Homenaje en ocasión del 90 aniversario de su nacimiento 1926-2016)

El próximo año 2016 el Cardenal Miguel Obando Bravo arriba a la fructífera celebración del su nonagésimo aniversario de su nacimiento. Esta fecha tiene un gran significado para los nicaragüenses, por lo que representa su Eminencia en la historia de los últimos tiempos del país, como pastor de la paz y la reconciliación.

El Cardenal Obando como ningún otro ciudadano de este país ha sido un actor esencial y testigo privilegiado de los acontecimientos políticos más importantes de las últimas cuatro décadas del país. Su labor de humilde pastor forjada en las montañas de Matagalpa en la década de los 60 y parte del 70 del siglo pasado, sirvió de cimiento para la creación de un magisterio evangélico, donde la prédica en contra de la desigualdad e injusticia de los sistemas y/o regímenes políticos, fue puesta a prueba, de manera sistemática, al servir de mediador o testigo entre las partes en los diferentes conflictos que asolaron este país.

En esta etapa de paz política que vive el país, la figura del Cardenal se engrandece ante las nuevas generaciones de nicaragüenses. Los recuerdos de épocas de guerra y violencia política para dirimir las diferencias entre los grupos beligerantes del país, han quedado como una huella de hechos que no deben repetirse y que las venideras generaciones valoren y defiendan como el derecho máspreciado.

Por medio del ejercicio de la memoria el Cardenal Obando quiere dejar un testimonio de vida, de paz y reconciliación al pueblo nicaragüense. Como figura pública de prestigio su Eminencia ha decidido hacer un aporte a la historia del país dejando constancia de sus vivencias personales como sacerdote y como mediador o testigo en los conflictos políticos donde participó de manera circunstancial.

Como un avance de las memorias en preparación del Cardenal, se reproducen dos episodios de gran sentido humanista. La primera, hace referencia a una anécdota llena de frescura, donde se recrea el momento en que los hilos misteriosos de su vocación, le invitan a comenzar su largo peregrinaje por el sacerdocio. La segunda, es la experiencia vivida durante los últimos días de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle. Ambos hechos reflejan de manera transversal una línea que marcaría su vida de pastor: por un lado, su entrega total y limpia a la vida sacerdotal y por el otro, el ejercicio de la misión de Cristo en condiciones de crisis y de violencia política. Les dejamos estos dos sinceros testimonios impregnados de humanismo y de vocación de servicio.

ANÉCDOTA JUVENIL

Recuerdo que salí de La Libertad, mi pueblo natal perteneciente al Departamento de Chontales, un once de Mayo. La fecha se puede deducir, porque muchas personas comentaban las noticias que aparecían en los periódicos nacionales que reproducían cables de agencias internacionales acerca del inicio de la guerra en Europa. Tenía catorce años de edad y mis padres hicieron todos los arreglos para que viajara a Granada por un tiempo y explorara las posibilidades de encontrar una oportunidad de entrar al Seminario, ya que desde pequeño sentí una fuerte vocación para el sacerdocio.

Mis padres eran muy católicos y frecuentaban la iglesia con asiduidad, como niño me agradaba mucho acompañarlos. Aprendí el Catecismo de Pío XII en mi propia casa, mi instructor fue mi padre, quien siempre se preocupó y atendió con mucha disciplina y devoción la formación cristiana de nuestra familia. En nuestro pueblo, el Señor Cura Párroco exigía que los niños asistieran todos los domingos a la iglesia a las cuatro de la tarde a recibir clases de catecismo. La pregunta frecuente en estos encuentros vespertinos, era saber el tema tratado del Evangelio en la misa de la mañana. Recuerdo que en una ocasión cuando tenía como siete años estando en uno de estos encuentros, el padre hizo la acostumbrada pregunta. Ese domingo se había leído el Evangelio de la parábola del sembrador y yo levanté la mano para responder, repitiendo al pie de la letra el texto que indicaba que “un sembrador que sembró unas semillas; unas habían caído a la vera del camino y habían

servido de alimento para las aves, otra parte cayó entre piedras y se secó y las que cayeron en tierra buena dieron una producción del ciento por uno”. El padre me quedó mirando y me dijo: “usted será un buen sacerdote”.

Para la época de Semana Santa, llegaban unos sacerdotes de Granada a predicar al pueblo y mis padres al ver mi interés y vocación, platicaron con ellos con el fin de ver la posibilidad que yo pudiera iniciar mis estudios en el Seminario. Uno de los sacerdotes le dijo a mi padre que debía de hacer el esfuerzo de trasladarme a Granada y que él me ayudaría a ingresar al Seminario.

En ese tiempo los caminos que comunicaban La Libertad con los pueblos vecinos, no estaban pavimentados como ahora; eran caminos lodosos y cuando entraba el invierno sólo se podía entrar o salir del pueblo en mulas o con vehículos especiales.

De casualidad había entrado un vehículo con cadenas especiales para esos caminos y lo aprovechamos para que nos sacara de La Libertad con destino a Juigalpa. Como mis padres no podían acompañarme, le pidieron a una señorita de la Libertad, quien era profesora del Colegio Francés de Granada y que iba a esa ciudad, si podía hacer el viaje en compañía de ella.

La Señorita, de nombre Amanda Suárez, era una profesora en Granada. Tenía aproximadamente 25 años y en ese momento realizaba el viaje llevando a dos sobrinos a Granada, donde iniciarían sus estudios en



colegios de esa ciudad. La sobrina, de nombre Sarita tenía aproximadamente 14 años como yo y el sobrino, a quien le llamaban Panchito, probablemente era un año mayor.

La Señorita Suárez se hizo religiosa y años después, siendo yo sacerdote encargado de estudios del Seminario, le visité en el colegio Francés de Granada. Ella estaba atravesando por una situación difícil y pedí permiso para visitarle y brindarle mi apoyo. Sentí que tenía una deuda de gratitud con ella por la ayuda en aquellos años de adolescencia para cumplir mis deseos de ir a Granada.

El viaje a la ciudad de Granada fue toda una travesía llena de situaciones accidentadas. Apenas llevábamos algunos kilómetros recorridos después de la salida de La Libertad, cuando el vehículo comenzó a mostrar fallas en el motor. La velocidad era lenta escuchándose ruidos provenientes del motor cada vez más fuertes y extraños. Luego de algunos minutos empezó a dar saltos intermitentes dejando salir de pronto una pequeña explosión seguido con la aparición de humo negro por los lados de la tapa del motor. El conductor pensó que era algo que podía arreglar sin ayuda de mecánico alguno. Luego de largos esfuerzos, quitando y limpiando piezas, se acercó a nosotros y nos dijo que no había nada que él pudiera hacer. Se hacía tarde y la noche se aproximaba, lo cual representaba una preocupación para nosotros. En esta situación, la Señorita Suárez buscó en una hacienda llamada "Juigalpa" un lugar donde pasar la noche. Las personas que habitaban en la casa de esta propiedad fueron amables y pasamos esa noche en este lugar.

A la mañana siguiente nos levantamos de madrugada para continuar nuestro viaje. Con

anuencia de la señorita Suárez, alquilamos unas bestias reiniciando el viaje el cual fue cansado y accidentado, debido a que era invierno y los caminos se encontraban con mucho fango. Llegamos a Juigalpa al atardecer donde esperamos el aviso para salir a Puerto Díaz, donde tomaríamos el vapor que nos conduciría a Granada. Estuvimos algunos días en Juigalpa esperando la orden de la salida a Puerto Díaz, y con ello la noticia de la llegada del Vapor. Durante esos días recorrimos las calles de la ciudad la cual conocía poco, siendo una gran experiencia el sentir el ambiente de una ciudad más grande y con mayor vida social y comercial. Reanudamos el viaje hacia Puerto Díaz, siempre a caballo, a pesar de la dureza del camino, fue placentero pasar por parajes y ríos de gran hermosura. Una vez en el Puerto, nos informaron que el Vapor no había llegado y no había ninguna lancha que pudiera trasladarnos a nuestro destino final. Una semana esperamos al vapor en este lugar, lo cual me causó angustia debido a que el presupuesto que llevaba para el gasto del viaje se estaba agotando y cada día que pasaba no teníamos noticias fiables del tiempo que debíamos esperar.

El "Vapor Victoria" nunca llegó y tampoco supimos las causas de esa ausencia, sabiendo que este transporte hacía recorridos periódicos a este puerto. Uno de esos días felices recibimos la noticia que la lancha "Rafaela Herrera", había atracado en el Puerto y que podíamos abordarla para continuar nuestro viaje.

Recuerdo de este viaje que el viento era intenso y las aguas del lago se agitaban de manera violenta, como decía la gente, estaba "picado". La lancha se movía sin cesar de



un lado a otro causando, en algunas de las personas que viajaban con nosotros, náuseas, mareos y otras molestias pasajeras. Una de las cosas que más me impresionó de esta parte del viaje fue ver la grandeza del lago, con sus costas cada vez más lejanas y llenas de aves y vegetación, pero sobre todo, la vastedad de sus aguas, cuya vista se perdía en la inmensidad, al sur sin poder encontrar vestigios de costa. Era la primera vez que miraba el lago y esa imagen y la sensación que experimenté nunca la he olvidado.

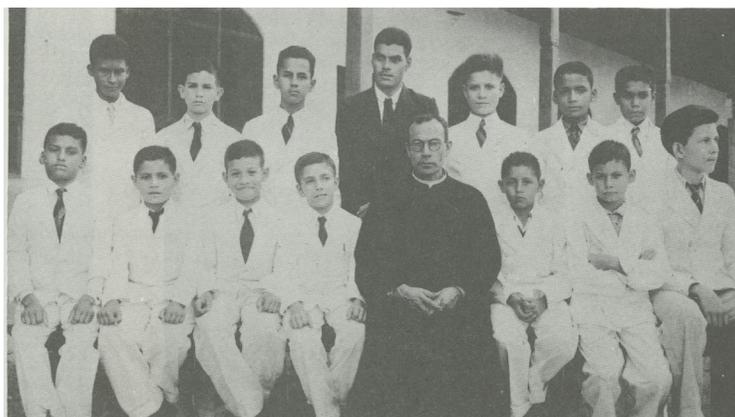
Tengo presente la fecha de llegada al puerto de Granada, el 24 de mayo. Era de madrugada y el viento fresco y húmedo bañaba la ciudad, la cual dormía en medio de una inmensa oscuridad que apenas permitía identificar las pocas casas aledañas que conectaban con la calle y conducía a la plaza central. Apenas desembarcamos, subimos nuestras maletas a un coche y nos trasladamos a la casa de la señorita Esther Orozco, donde nos hospedamos. Era una mujer de unos cincuenta años de edad, conocida de la señorita Suárez, quien nos atendió con mucha deferencia. Cada uno de nosotros fuimos ubicados en cuartos individuales y allí pasamos varios días hasta que se hizo el arreglo de los trámites de mi ingreso al Seminario.

Esa mañana de nuestra llegada a Granada me desperté a las cinco para ir a misa. Escuché el repicar de las campanas de la iglesia y al salir de la casa noté que no era un solo repique de campanas sino de dos iglesias. Una de ellas estaba

ubicada muy cerca de la casa donde me encontraba hospedado y la otra a dos cuadras.

En mi pueblo sólo había una iglesia y al escuchar las campanas de dos iglesias invitando al mismo tiempo asistir a misa me llamó mucho la atención. Me quedé pensando qué hacer, pues a pesar que la lógica me invitaba a ingresar a la iglesia que tenía a pocos pasos, me atraía ir a la otra porque en ella se observaba que entraba gran cantidad de jóvenes. Decidí entonces caminar más y con gran entusiasmo me dirigí a la otra iglesia.

Entré a la iglesia, cuyo interior me agradó mucho por el orden, el cuidado y el ambiente de devoción que irradiaba. Por primera vez escuché a muchos jóvenes entonando cánticos a María Auxiliadora. Yo había oído mencionar a María Auxiliadora, pero en mi pueblo era a la virgen de la Inmaculada a la que le teníamos mucha devoción. Fue una sorpresa ver que había muchos confesionarios y dentro de ellos, sacerdotes confesando. Me dirigí hacia uno de ellos y me arrodillé, el sacerdote se asomó y me preguntó con voz firme, casi a manera de



regaño: “¿Por qué te vienes a confesar aquí?, sin esperar una respuesta, me dijo, “No ves que yo soy el director. Vete a confesar con otro padre”. No admitió explicación y me tuve que levantar e ir a otro confesionario, un poco confundido por mi primera experiencia de confesión en Granada. Poco tiempo después me enteré que era una norma que los estudiantes del colegio no debían de confesarse con el director.

Me gustó mucho la celebración Eucarística. Los jóvenes cantaban y participaban activamente y yo me sentí muy identificado con ellos y con el ambiente que se propiciaba. A la hora de la comunión se formaron en una fila que se hizo larga a la cual me sumé para comulgar. La misa finalizó con vítores a María Auxiliadora y Don Bosco, generando en mí un sentimiento agradable y contento de haber participado de esa celebración, me dirigí a la puerta de salida.

Siempre he sido un poco distraído para las direcciones y el sentido de ubicación y creyendo que salía por la misma puerta que había entrado, salí y de pronto me encontré en un patio interno que unía la Iglesia con un colegio. Era la primera vez que visitaba esa iglesia y me sentí confundido al no saber el camino a tomar en esta situación. Durante ese momento de confusión, me llamó mucho la atención que el colegio tenía varias canchas de baloncesto, un área donde jóvenes jugaban al fútbol y otros al béisbol. Todos ellos eran nuevos allí, no se conocían mucho entre sí, incluso los profesores no los podían identificar por su nombre. Uno de los muchachos que participaba en la organización del juego, apodado “el perrerreque” se percató de mi presencia y me preguntó:

“¿vos sabes jugar?”

“Si –le respondí--, yo soy jugador de

béisbol”

“Vení para acá –me respondió-- nos hace falta un pitcher, entra...”

Desde pequeño me había gustado el juego de béisbol y en mi pueblo natal, practiqué este deporte, desempeñándome en la posición de pitcher, así que no lo pensé mucho y acepté contento la invitación y me dispuse a jugar.

Jugamos como hora y media aproximadamente y ganamos. Mi problema se origina cuando tocan la campana y todos los muchachos dejan de jugar y corren a ponerse en una fila, casi perfecta por orden de estatura y con un ladrillo de por medio. Como no soy alumno de este colegio, comienzo a caminar alejándome de la fila y buscando la salida. Le pregunto a uno de los muchachos, donde queda la portería y me señala una puerta que estaba como a doscientos metros cruzando las canchas de basquetbol. Un padre me ve que voy caminando contrario a la fila y me grita:

-“¡Jovencito! ¿A dónde va?”

- “A la calle padre”—le respondí--.

- “Cómo que a la calle?, --con voz imperativa replica sorprendido -- ¡venga a ponerse en fila inmediatamente! ¡Usted es un desordenado!”

Me regreso y me dirijo hacia donde está el padre para explicarle que yo no soy alumno del colegio y que sólo me había quedado jugando el partido de beisbol. Pero al momento de hacer el intento, me vuelve a decir:

-“Cállese y póngase en fila aquí!”.

Me lleva hasta el lugar que pensaba que me correspondía de acuerdo a mi estatura. La fila comienza a moverse y a avanzar y veo que vamos entrando a un comedor y pienso para



mis adentros, “esto no está bien porque me han confundido pensando que soy alumno interno”. Hago el intento de salirme de la fila para nuevamente explicarle al padre mi situación:

-“Padre –le llamo de nuevo-- necesito explicarle mi situación”

-“Muchacho desordenado,--me responde un tanto indignado-- cálese y avance”

-“Padre...” –de nuevo intento hablar---

-“Cálese y vaya a comer” –me vuelve a decir con firmeza--

Me di cuenta que era inútil seguir intentando y que sólo estaba logrando irritar al padre con mi insistencia de darle una explicación, entonces a pesar que sentía que era incorrecto estar allí, me senté en silencio a comer con los muchachos con los que había jugado béisbol minutos antes.

En el comedor había un silencio absoluto y sólo se escuchaba a un sacerdote que leía para todos un pasaje de la Biblia mientras todos comíamos. Al terminar de almorzar noté que el padre a quien había tratado de darle una explicación sobre mi presencia en el colegio, estaba más relajado y platicando con otros muchachos, entonces aproveché para acercarme a agradecerle y preguntarle cuanto le debía por el almuerzo.

-“Padre, quiero darle una explicación”

-“Cual explicación muchacho indisciplinado”, me respondió en un tono más amigable.

-“La explicación que quiero darle es que yo vine esta mañana a escuchar misa y al salir me equivoqué de puerta y en lugar de salir por la puerta que daba a la calle salí al jardín interno

del colegio; me invitaron a jugar y yo acepté integrándome al juego hasta que usted ha llamado a formación y no me permitió explicarle mi error”.

El padre me observó por unos segundos y me dijo:

-“ y si no eres estudiante de aquí, donde estudias?”

-“He venido esta madrugada de La Libertad porque quiero entrar al seminario para ser sacerdote Diocesano”

-“Así que quieres ser sacerdote? Nosotros vamos a abrir un seminario para formar sacerdotes salesianos. Estamos todavía de vacaciones y las clases inician hasta el dos de Junio, pero por qué no vienes a partir de mañana a escuchar misa y te quedas jugando y comiendo con nosotros hasta que inicien las clases. Anímate! Te invito!”

Al día siguiente llegué desde temprano a misa y fui a saludar al padre. Me presentó a otro sacerdote quien sería el sub-director de seminaristas menores y él me indicó todo lo que debía hacer para poder ingresar al seminario. Ese año abrió sus puertas por primera vez en Granada el seminario salesiano e iniciamos ocho jóvenes aspirantes.



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA DICTADURA SOMOCISTA

Fue a mediados de julio de 1979, cuando recibimos la invitación, de la Conferencia Episcopal de Venezuela, y del Nuncio Apostólico para ir a su país. El Presidente de ese país, en aquel entonces, era el Doctor Luis Herrera Campins, quien envió un avión especial hasta Managua con el fin de permitir nuestro traslado a Caracas.

Estuvimos esperando en el aeropuerto, llamado todavía Las Mercedes, hoy Augusto Cesar Sandino, desde las 11 de la mañana, hasta cerca de las seis de la tarde. Fueron horas de gran angustia y tensión por la situación que se vivía en la capital y resto de país. El viaje se realizaría con un pasaporte colectivo, consistente en una hoja de block blanca, con el membrete de la oficina de Migración de ese entonces, la cual estaba firmada por el Ministro de Relaciones Exteriores.

Durante las siete horas, que estuvimos retenidos en el aeropuerto, a la espera del avión, advertimos un intenso movimiento en la pista de aterrizaje. Personas que se encontraban alrededor, se nos acercaban y en voz baja comentaban que se trataba de los bienes de la familia Somoza, los cuales iban a ser trasladados fuera de Nicaragua.

A eso de las seis de la tarde, llegó el avión con una representación de la Iglesia Católica y con Margarita Palacios como delegada del Gobierno venezolano. De esta forma nos dispusimos partir el día 15 de julio junto con los miembros de algunos partidos políticos opositores al régimen, entre los que se encontraban, el Doctor Rafael Córdova Rivas Conservador, el

Doctor Eduardo Rivas Gasteazoro del Partido Social Cristiano, el Doctor Gustavo Tablada del Partido Socialista, la Doctora Vilma Núñez, y otras personalidades.

Después de haber esperado por espacio de varias horas, por fin lográbamos despegar, empezando el viaje durante la noche. El avión no era lo suficientemente moderno y su autonomía de vuelo, como dicen algunos especialistas, era limitada, obligando a los pilotos a realizar una escala en Panamá para abastecerse de combustible.

Durante el tiempo que estuvimos en el aeropuerto panameño, tuve la oportunidad de conversar, con algunas de las personas que nos acompañaban. Recuerdo vivamente la frase que me dijo el Doctor. Tablada en esta ocasión: Para que el socialismo pueda triunfar, es necesario que haya producción, pues si no la hay se va a tener que repartir miseria.

Una vez finalizado el reabastecimiento del avión en el que viajábamos, continuamos nuestro vuelo. Sería durante el trayecto entre Panamá y Venezuela que una fuerte tormenta se desencadenaría con gran virulencia, zarandeando el aparato en todas las direcciones y dando la impresión, en una de las ocasiones, que el avión se venía abajo. Durante el trayecto intentaba concentrar mis pensamientos, en la búsqueda de una respuesta, al porqué de esta invitación tan repentina por parte de los Obispos de Venezuela. El vuelo fue tan accidentado que las ideas que más se superponían en mi mente no eran otras que las de encomendarme a Dios, pues el avión



parecía totalmente decidido a caerse en picada. Por fin el Capitán saliendo de su cabina, nos informó que había intentado eludir la tormenta durante horas, pero esto no había sido posible hasta ahora, tranquilizarnos con la noticia de que el peligro ya había pasado.

Habíamos salido el día 15 de julio pero debido al retraso que tuvimos en Panamá, y al mal tiempo que hizo durante el vuelo, arribamos a Caracas a las siete de la mañana del día 16. Nos esperaban en el aeropuerto internacional de Maiquetía el Presidente de la Conferencia Episcopal de Venezuela, en ese tiempo, mi buen amigo Monseñor Domingo Maximiliano Roa Pérez, su Eminencia el señor Cardenal Alí Lebrum, Arzobispo de Caracas, algunos sacerdotes y otras autoridades eclesiológicas.

Al poco tiempo de descender del avión, nos esperaba una batería de periodistas, sosteniendo una rueda de prensa en el Aeropuerto. Después de esta actividad los representantes políticos que viajaron en el mismo avión, se reunieron con sus pares. Acabada dichas actividades, me recordaron que como invitado especial de los Obispos de Venezuela, debía acudir a la cena que se celebraría en la Conferencia Episcopal.

Cuando ya me disponía a marcharme, hacia el local donde se realizaría la cena, que gentilmente me había ofrecido la Conferencia Episcopal, así como el Nuncio Apostólico, se me comunicó que el Doctor. Luis Herrera Campins, Presidente de Venezuela estaba esperándome, pues deseaba hablar urgentemente conmigo y con el resto de los miembros de la delegación. Me excuse con mis buenos amigos venezolanos, por no asistir a la cena, que de antemano estaba programada

y nos dirigimos apresuradamente hacia el Palacio de Miraflores, donde nos reunimos con el mandatario.

Una vez acabada mi conversación personal con el señor Presidente, decidió reunirse en ese momento con el grupo completo que veníamos de Nicaragua. Herrera Campins se mostró familiar con algunos de la delegación, saludando sin mucho protocolo a algunas personas que allí se encontraban y que al parecer ya lo conocían de tiempo atrás.

El señor Presidente aprovecho esta ocasión para informarnos que Somoza, iba a abandonar el gobierno ese mismo día, 16 de Julio. También dijo que en esos precisos momentos en Managua, se estaban dando los preliminares, e invitando al Congreso a una reunión para que el dictador y mandatario nicaragüense, en esa oportunidad, presentara su renuncia ante dicho organismo. Nos reiteró que deseaba la paz para nuestro país. Paz que por tanto tiempo habíamos buscado y anhelado para nuestro sufrido pueblo. Inmediatamente después de esto, nos ofreció amablemente un avión para que pudiéramos retornar a Costa Rica, ya que él pensaba que esto era lo más conveniente, coincidiendo en esto con el Nuncio Apostólico de San José, para que pudiéramos mantener los contactos necesario con la futura junta de Gobierno y el Frente Sandinista.

En el vuelo de retorno que realizamos, de Caracas a San José de Costa Rica, me acompañaron mis dos buenos amigos, con son Monseñor Bismark Carballo y el Licenciado Roberto Rivas Reyes, quienes venían conmigo desde Managua. De igual manera venían en ese vuelo algunos de los cancilleres del Pacto Andino



Durante el trayecto pensé, en las posibilidades de Nicaragua de alcanzar la paz. Una paz que estuviera apoyada sobre el orden, la verdad, y de acuerdo con las normas de la justicia, sustentando y henchido por la caridad y realizado bajo los auspicios de la libertad. Se agolparon en mi mente muchas ideas, pensé en la paz de los “domesticados”. Todos sabemos lo que significa domesticar a un animal: mediante una serie de mecanismo que conoce perfectamente el domesticador, el animal acepta ingenuamente una forma de vivir y actuar, llegando a la incapacidad de rebelarse.

Pensé que un pueblo puede ser domesticado por un cierto tipo de educación y por los medios de educación social como la radio, la televisión y la propaganda. Lo peor del caso que el propio individuo que es la víctima, ni se dé cuenta de su propia domesticación. Reaccionar a un animalito que se le hace saltar o brincar al

gusto del domesticador. Deseaba para mi país una paz que abarcara la totalidad de bienes y felicidad que un hombre puede desear: buenos hospitales, escuelas, graneros llenos, prosperidad, respeto a los derechos humanos, buen gobierno, alegría, justicia, amor.

Paz es la alegría de sentirse realizado como hombre y como nación. Es la plenitud de la vida, de la bendición y salvación de Dios. Es vivir con toda la dignidad de hombre, respetado y amado sin temor, sin guerra, sin amenazas. Es concordia y fraternidad. Termine mis reflexiones, cuando se nos anuncio que estábamos llegando al aeropuerto internacional Juan Santamaría de San José de Costa Rica. Miré mi reloj y marcaba las dos de la mañana del 17 de julio de 1979.

Llegado al aeropuerto nos trasladaron de manera inmediata, no recuerdo si a la



S.E.R. Cardenal Miguel Obando Bravo en la Catedral vieja de Managua, 1971



embajada de Venezuela o al Ministerio de Cultura de Costa Rica. Lo que sí recuerdo es que don José Bárcenas así como su esposa doña Claudia Chamorro Barrios, quienes se encontraban en el aeropuerto a nuestra llegada, de manera gentil nos acompañaron del lugar donde nos encontrábamos, hasta el hotel Cariari de San José, en el cual me hospedaría durante esa noche. Ya en el hotel, el señor Bárcenas considero como oportuno proponernos la reunión con la futura Junta de Gobierno y el Frente Sandinista.

Durante estos días y debido a los cambios de temperatura y los constantes viajes a los que nos habíamos visto obligado, contraí un fuerte resfriado. Razón por la me vi en la necesidad de mandar a Monseñor Bismarck Carballo en representación mía a dicha reunión. La reunión debió durar una hora aproximadamente y en ella se encontraban, si no me fallan los recuerdos, doña Violeta Barrios de Chamorro, el Ingeniero Alfonso Róbelo, el Padre Miguel D'Escoto y el Doctor Sergio Ramírez Mercado. Esta reunión se realizó en la residencia de un embajador perteneciente al Pacto Andino. Durante ese espacio de tiempo, espere con gran impaciencia la llegada de Monseñor Carballo, encargado de traerme las noticias de lo que allí se hablase.

Por medio de Monseñor Carballo me enteré que la futura Junta de Gobierno, sin haberme informado a mí con anterioridad en ningún momento, había llegado a un acuerdo con Washington y con el Dr. Francisco Urcuyo Maliaños. La trama pensada a realizar era simple y a la vez compleja: Este último personaje, el General Anastasio Somoza le traspasaría el mando presidencial, cuando renunciara y saliera del país, convirtiéndose en Presidente interino, por poco tiempo.

Es probable que la futura Junta de Gobierno, a esas alturas del tiempo, ya hubiera negociado con Washington la realización de este plan, y donde mi papel era: yo me trasladaría a Managua. A mi llegada el Doctor Francisco Urcuyo Maliaños, Presidente en funciones de Nicaragua en esos momentos, derogaría la Constitución y acto seguido me recibiría en el Hotel Camino Real, donde me entregaría el gobierno, de tal forma que yo a mi vez pasaría el poder a la futura Junta del gobierno. Hasta aquí y como se puede fácilmente apreciar, el planteamiento de la situación no podía ser más simple y lógico para ellos, sin embargo no contaban con que algunos de los protagonistas de esta historia pudieran decidirse a ejecutar sus propios papeles por uno u otro motivo.

Ni Urcuyo quiso ceder el poder, tal y como al parecer ya se había comprometido con Washington, ni yo acepte entrar a Managua vía aérea desde Costa Rica, acompañado de cien milicianos armados. Es lógico después de oír todo esto, que pensara que esa no era mi misión como Pastor que soy. Esa noche nos quedamos en San José y decidimos salir al día siguiente de cualquier forma a Managua, en un intento de ver como tratar de conseguir la paz en nuestro país. Durante esa noche, pudimos oír las emisoras locales y la gran sensación que provocó el discurso de renuncia al gobierno pronunciado por el General Somoza Debayle.

El día 17 de julio muy temprano por la mañana, comenzaron las sorpresas. Al encender la radio escuche con asombro en las noticias de Radio Reloj de Costa Rica, que el Dr. Urcuyo Maliaños, Presidente en funciones en esos momentos en Nicaragua, en lugar de disolver la constitución y entregar el poder a la Junta de Gobierno, había decidido continuar en el Poder



hasta que terminara el periodo constitucional que le correspondía a Somoza, que era en 1981.

En un primer momento, me quede desconcertado pensando que no era posible lo que acababa de oír. Sin perder tiempo me reuní con Monseñor Bismark Carballo y juntos decidimos telefonar, tanto al Presidente de Costa Rica como al representante del Presidente Carter para Centroamérica, quien era en ese entonces el Doctor William Bowler. Este funcionario, fungía de manera indirecta, como encargado de las negociaciones con el Frente Sandinista, la Junta del Gobierno y con los Cancilleres del Pacto Andino.

Cuando por fin logré la comunicación con el embajador Bowler para comentarle lo que acababa de escuchar en la radio, este me respondió:

--Monseñor, eso no puede ser cierto, nosotros ya hemos pactado con él su renuncia y la derogación de la Constitución. Posiblemente lo que usted ha oído, no sea más que alguna broma o una noticia maldada por algún medio de comunicación--.

Sin embargo y a pesar de las aseveraciones que el Doctor William Bowler me hiciera, las radios siguieron difundiendo esa noticia hasta aproximadamente las 11:30 de la mañana, hora en la que decidí volver a llamarle, contestándome en esta oportunidad:

--Monseñor, usted tenía razón, parece ser que el Doctor Urcuyo, incumpliendo todos los acuerdo, ha decidido por su propia iniciativa, permanecer en el Poder--.

Después de escuchar esta afirmación, nos dirigimos rápidamente hacia el aeropuerto, en un intento desesperado de trasladarnos a Managua. Teníamos clara en nuestras mentes, las palabras que nos había dicho el Doctor Rodrigo Carazo Odio, Presidente de Costa Rica, durante una reunión que había mantenido con Monseñor Bismark Carballo, el Licenciado Roberto Rivas, Ismael Reyes, Presidente de la Cruz Roja de Nicaragua en aquel entonces y con mi persona.

En esa oportunidad, el Presidente Carazo Odio nos había comunicado que la futura Junta de Gobierno, saldría ese mismo día de Costa Rica en dirección a Managua. Era el momento propicio para hacerlo, si no tendrían que olvidarse de una vez por todas del hecho de asumir el Gobierno de Nicaragua. Nos decía a la vez, con gran franqueza, que ya no podía internacionalmente sostener durante más tiempo la Junta de Gobierno de otro país, en San José de Costa Rica. Luego dio instrucciones para que su secretario nos acompañara al Aeropuerto Juan Santamaría de Costa Rica.

Durante el tiempo que permanecimos en el aeropuerto me llamo la atención ver en el salón VIP un movimiento inmenso y la colocación de una gran alfombra roja. Lo primero que supuse fue que por allí iba a salir la futura Junta de Gobierno para tomar el avión que los conduciría a Managua. Al final como se sabe la Junta viaja a León ese día y de allí marchó el día 20 a la plaza de la República en ese entonces, hoy Plaza de la Revolución.

Durante todo ese tiempo, tanto don Ismael Reyes como yo procuramos por todos los



medios salir rumbo a Managua. Sobre estos hechos recuerdo como don Ismael hizo varios intentos para llegar, aunque fuese él solo, en algunos de los aviones que la Cruz Roja Internacional utilizaba para mandar ayuda a Managua. Ese día 17 fue un día muy tenso y cansado, por la impaciencia de salir de San José rumbo a Managua. Fue un ir y venir esperando la autorización de salida. Los controladores aéreos del aeropuerto nos respondían que el Presidente Urcuyo no autorizaba el aterrizaje en Managua. Ellos me comunicaban que debía quedarme fuera de mi país para siempre. Fue a eso de las 5:30 o 6:00 de la tarde que nos informaron que era totalmente imposible salir ese mismo día, debido a que el Doctor Urcuyo no pensaba autorizar el aterrizaje. Esa misma noche regresamos al hotel Cariari y después de realizar algunas gestiones nos fuimos a descansar y ver que se podía hacer al día siguiente.

Por la mañana del 18 de julio volvimos a llamar al Presidente Carazo Odio. En esta ocasión de manera amable nos ofreció poner a nuestra disposición inmediata el jet privado que tenía en el aeropuerto, para que nos trasladáramos con la comitiva que me acompañaba, hacia Managua. Regresamos de nueva al aeropuerto a eso de las diez de la mañana, pasando por los hangares de la fuerza de la policía civil de Costa Rica. En ese lugar se encontraba el Coronel Bernardino Larios, quien después sería el primer Ministro de Defensa del Gobierno Sandinista. También se encontraba el coronel Mendieta, el teniente Siles y varios oficiales más que habían desertado de la Guardia Nacional durante los últimos meses del gobierno del General Somoza.

De esos hangares continuamos nuestro recorrido hacia el sitio donde se encontraba

la aeronave. Allí permanecimos hasta las 5:30 de la tarde, haciendo llamadas a cada momento para recibir la autorización de salida. Por fin el controlador aéreo de la torre del aeropuerto internacional nos informo que Managua había autorizado el aterrizaje del avión en el aeropuerto de Las Mercedes. Más tarde me daría cuenta que esta decisión, había sido tomada a consecuencia de un acuerdo, ya tratado entre el Presidente Urcuyo y el nuevo Estado Mayor de la guardia nacional que fungía en ese momento. Despegamos de San José rumbo a Nicaragua: Monseñor Bismarck Carballo, el Licenciado Roberto Rivas, una monjita que nos había suplicando la llevásemos con nosotros y este humilde servidor que ahora les cuenta sus memorias.

Del viaje de regreso a Managua poco es lo que les puedo relatar. Recuerdo eso sí que al sobrevolar por Masaya el aparato tuvo que elevarse lo más alto posible debido a que desde el fuerte El Coyotepe situado en una loma al pie de la ciudad, donde se continuaban los combates. Para este momento, según me enteré, esta localidad se encontraba totalmente en manos de las fuerzas insurgentes. El piloto actuó con pericia y evitó con esta maniobra que algún disparo pudiera alcanzarnos.

Cerca de las siete de la noche, el avión empezó a tomar tierra en el aeropuerto internacional de Managua. Mientras la nave se desplazaba sobre la pista vimos por la ventanilla a un grupo de vehículos militares cargados de soldados armados provenientes de distintas dirección que se acercaban a gran velocidad a la aeronave. Se ubicaron a ambos lados y nos acompañaron en todo el recorrido hasta que el aparato se detuvo completamente.



Desde nuestra salida, tres días antes, la situación había cambiado de manera radical. Habíamos salido el día 15 de julio, arreglado nuestros pasaportes --por decirlo de alguna manera-- casi de manera normal por medio de migración. Ahora podíamos observar por las ventanillas que ya no había trabajadores del aeropuerto en la pista de aterrizaje, ni civiles en las instalaciones, en ninguna parte de los edificios de la terminal aérea.

Desde donde nos encontrábamos únicamente podíamos ver los nidos de ametralladoras a lo largo de la pista. De cerca mirábamos a los soldados de la Guardia Nacional vestidos en trajes de combate, mostrando en sus fatigados rostros, el cansancio acumulado producto de los múltiples operativos y combates en los que habían participado durante meses.

La situación en que estábamos en ese momento era de incertidumbre. Mientras bajaba las escalinata del aparato, me asaltaban una cantidad de dudas sobre cuál sería la intención de la Guardia Nacional hacia mi persona. Justo en el instante en que pisé el último peldaño, un Capitán que se encontraba allí, nos dio orden de subirnos a una camioneta Cherokee blindada, provista de tres vidrios antibalas los cuales dividían los dos asientos delanteros y la parte trasera del automóvil.

Los militares nos condujeron en dirección al Club de la Fuerza Aérea. Una vez llegado a sus instalaciones, se nos invitó a pasar a una sala en la que estaban las mesas acomodadas en forma de escuadra. De pie se encontraban esperando un grupo de oficiales de la misma graduación del que nos había recibido en la pista del aeropuerto. De manera rápida colocaron unas sillas en el centro del salón

junto a las mesas, invitándonos a sentarnos, lo cual hicieron ellos también. En esta reunión, uno de los oficiales con un tono inseguro y grave nos dijo:

---Señores, nosotros somos oficiales que hemos cumplido únicamente con la Constitución de nuestro país. No creemos que por el hecho de haber portado este uniforme merezcamos la cárcel y mucho menos la muerte, es por eso que les suplicamos que intercedan para evitar más derramamiento de sangre---

Mi respuesta consistió en decirles que esto que ellos decían, era lo que ya había hecho antes, tanto durante la toma de la casa de don José María Castillo Quant, como en la del Palacio Nacional. De igual manera mi actuación en los combates de Estelí, Matagalpa y Monimbó, buscaba resolver el problema de la violencia y el derramamiento de sangre. Le dije al oficial que haría todo lo que estuviera a mi alcance.

Un Capitán que se encontraba herido se me acercó para decirme:

---Nosotros estamos dispuestos a llegar hasta el fin. Sin embargo, no sabemos realmente lo que está pasando en el bunker. Nos han informado que el Doctor Urcuyo abandonará el país una vez que usted aterrizara. Hemos recibido órdenes de que se le traslade al Bunker para conversar con el Estado mayor de la Guardia Nacional que lo espera--

Al finaliza su intervención nos llevaron hasta donde se encontraba un jeep y con celeridad partimos en dirección a una pista lateral donde se encontraba un helicóptero militar que nos



esperaba. Era la única manera de trasladarnos a la Loma de Tiscapa porque las carreteras estaban en su mayoría tomadas por los guerrilleros y los combates entre el pueblo en armas y la Guardia Nacional eran encarnizados. Más tarde me enteraría por medio del libro publicado por Harry Bodán, Nicaragua, teatro de lo absurdo que fue el Coronel Moreno, el responsable de mi traslado hacia el bunker de la Loma, donde se encontraba el Estado Mayor de la Guardia Nacional.

Mientras nos dirigíamos hacia la aeronave tuvimos tiempo de ver la caravana del Presidente Urcuyo que entraba en ese momento al recinto de la Fuerza aérea con la intención de salir a Nicaragua. El helicóptero en el que viajaríamos era grande y sin puertas. No tenía luz adentro o al menos no la encendieron, todo era oscuro en su interior. Tardamos un tiempo en acostumbrarnos a la oscuridad de su interior y constatar que el piso de la nave estaba lleno de tierra.

La Guardia Nacional que se encontraba acantonada en el aeropuerto internacional experimentaba deserciones continuas, huyendo en los aviones de la Cruz Roja Internacional que aterrizaban de vez en cuando durante el día. A la fuerza conminaban a los pilotos a abandonar la nave la cual era ocupada por pilotos de la Fuerza Aérea quienes priorizaban en la nave a familiares y resto de soldados. Tal era la situación de desmoralización que se estaba viviendo en aquellos momentos en esta terminal aérea, la cual denotaba abandono y desolación.

Posiblemente esta situación de abatimiento y tensión que reinaba a lo interno de la tropa, hizo que los soldados que estaban de guardia

en esa noche, realizaran disparos al helicóptero en que íbamos al momento que se realizaba el despegue.

La situación fue tensa porque lanzaron ráfagas de ametralladoras contra nosotros y de milagro salimos ilesos. Recuerdo que el aparato bajo de manera brusca y se posesionó en tierra. El piloto salto hacia afuera del aparato buscando salvar su vida. Pensé en ese momento que si saltaba de esa altura podría fracturarme alguna parte del cuerpo, por lo que encomendándome a Dios y la Santísima Virgen, me agazapé dentro del helicóptero.

De manera rápida el Capitán que nos acompañaba hasta la aeronave tomó un megáfono y con gran energía hizo un anuncio muy claro:

---El que se encuentra en el helicóptero es Monseñor Obando quien ha sido llamado por el Estado Mayor que requiere su presencia en el Bunker. El piloto lo que está haciendo es llevarlo allí, nadie dispare, nadie se está escapando---

El piloto aprovechó este momento para despegar dirigiéndose en dirección al lago de Managua sobrevolándolo. Era de noche y al no haber energía eléctrica no se podían ver los barrios de la ciudad. Apenas se podía distinguir en la lejanía un manchón grande negro. Una vez sobre el lago el helicóptero empezó a bordear la costa alejándose lo más rápido posible de tierra firme, por temor a ser derribado por algún proyectil.

Vuelve a mis recuerdos en estos momentos imágenes que veíamos desde la orilla de la puerta de la aeronave, con el vacío ante



nosotros y a lo lejos la oscuridad de las aguas del lago, como si de un pozo sin fondo se tratara. Una vez que el aparato hubo llegado a la altura del Teatro Rubén Darío, dio la vuelta y se dirigió directamente en dirección al Bunker. Al parece, el piloto tenía certeza que esa zona era segura porque estaba bajo control de la Guardia Nacional. Mi estado de ánimo era de un ligero temor por la situación confusa en que nos encontrábamos, con una Guardia Nacional perdiendo la guerra, un estado anímico de los pocos oficiales que quedaban bajo, y un vacío gubernamental evidente por la anarquía que se observaba por todos lados.

El helicóptero aterrizó en las instalaciones de la EEBI (Escuela de Entrenamientos Básicos de Infantería), conocida durante la década de los ochenta, como Escuela Carlos Agüero Echeverría. Con el nombre que eran llamadas las tropas elites de la Guardia Nacional. En ese preciso momento en que se posa en tierra la aeronave, salen corriendo hacia nosotros un centenar de Guardias Nacionales bien armados. Muchos pensamientos se agolparon en mi mente en pocos segundos y de nuevo pensé, como en otras ocasiones difíciles que me ha tocado vivir, que ese podía ser mi último día de mi vida. En este episodio ocurrió algo que para mí representaría una gran sorpresa y alivio al mismo tiempo.

Los soldados luego de llegar corriendo donde nos encontrábamos, se detuvieron y preguntaron:

--- ¡Ah! Es Monseñor, que alegre que ya esté llegando a tomar el poder ¿hay alguna novedad?---

Totalmente extrañado ante esa actitud les respondí:

---No, no hay ninguna novedad,

únicamente lo que ustedes ya conocen. He sido llamado por el Estado Mayor y me dirijo hacia el Bunker.

Finalizada la breve conversación y en un ambiente cambiante reflejado en los rostros de los soldados, un oficial dio la orden de trasladarnos desde la explanada donde nos encontrábamos hacia la sede central del Estado Mayor. Una vez llegado al Bunker, fuimos recibidos por un grupo de oficiales, quienes nos invitaron, sin preámbulo, a pasar a la Sala de Conferencias. Uno de los oficiales me presentó en esta ocasión, al que fuera en ese momento, el recién nombrado Jefe del Estado Mayor, ascendido en ocasión del cargo, el General Federico Mejía, dado que no le conocía ni el tampoco me conocía.

De igual manera me presentaron al resto de oficiales. Lo curioso era que algunos de ellos acababan de llegar del extranjero, donde realizaban estudios y les habían llamado de manera urgente para formar el nuevo Estado Mayor de la Guardia Nacional, tal como me lo contaron. Después de esta formalidad, el General Mejía se sentó presidiendo la mesa. La situación dentro del Bunker era de total desconcierto e incertidumbre, nadie de los que nos hallábamos ahí reunidos sabíamos a ciencia cierta, que era lo que estaba pasando. De manera repentina, el General se levantó y con un gesto nervioso me ofreció la cabecera de la mesa, diciéndome:

---Perdone Monseñor, es a usted al que le corresponde presidir la mesa, pues usted es quien va a tomar el Poder---

En ese momento tuve conciencia plena, por sus palabras, de la gran confusión en la que estaban envueltos los oficiales que aún



permanecían en el Bunker. Tomé la palabra y le respondí:

--- No, usted se equivoca, yo quiero ser congruente con lo que siempre dije a los medios de comunicación social. Si usted no lo recuerda se lo repetiré de nuevo ahora. No me compete a mí, como miembro de la Jerarquía Eclesiástica la toma del Poder. Son los seglares a los que les corresponde gestionar las cosas temporales, como es el Gobierno de una nación y ordenarlas según Cristo---

En la Sala de Conferencia reinaba el caos más absoluto. El nuevo jefe del Estado mayor intentó hablar en varias ocasiones, pero sus subalternos lo interrumpían de manera continua, lo que demostraba en este contexto, la erosión de la autoridad y disciplina castrense dentro los oficiales. Al fondo de la mesa, otro oficial con la cabeza escondida entre sus manos, repetía con un murmullo de voz:

---Voy a dispararme un balazo. No pienso que un balazo pueda sentirse mucho---

Otro oficial que se encontraba en otro extremo de la mesa, se puso de pie de manera brusca y con energía y cierta prepotencia dijo:

---Pienso dirigirme con mi familia hacia Honduras. Colocaré en mi jeep una ametralladora y me abriré paso como sea necesario---

Así se dejaba ver el grado de desmoralización que existía en el ejército. Uno de los generales que entrenaba en la Academia fue llamado para que asesorara al nuevo Estado Mayor y después que este se retiró, el resto de los oficiales me preguntaron:

---Monseñor, ¿podrá usted hacer algo para que se nos respete la vida y la de nuestros familiares?

Les respondí que haría todo lo que estuviera a mi alcance. Les pregunté si podían facilitarme un magnetófono para grabar un mensaje de paz y de concordia para que se transmitiese por las emisoras del país con el fin de tranquilizar al pueblo nicaragüense.

Para esos momentos, el todavía en funciones Ministro de Asuntos Exteriores, Harry Bodán, había hecho su entrada a las instalaciones del Bunker. Con él mantuvimos una corta charla en la que me puso al corriente de las demandas del ejército para su rendición, entre las que se encontraban:

1. Llegada a Managua, lo más rápido posible de una Comisión Internacional integrada por los diplomáticos que acompañaban a la Junta de Gobierno en Costa Rica, incluyendo al Presidente de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, con sede en San José.
2. Cese al fuego.
3. Respeto a la vida y bienes de los miembros de la Guardia Nacional y a los funcionarios públicos que deseen quedarse en Nicaragua.
4. Posibilidad de incluir a los Guardias Nacionales que desearan pertenecer al nuevo ejército que surgiera en Nicaragua al finalizar la guerra.
5. Que la Comisión Internacional se quedara en Nicaragua por el espacio de un año, en prevención de futuras venganzas que pudieran haber en contra de los miembros y funcionarios del antiguo Gobierno.



6. Finalmente, la Guardia Nacional haría entrega de sus armas a la nueva Junta de Gobierno y a la Comisión Internacional.

Después que el ministro Bodán me diera a conocer las peticiones de la Guardia Nacional en el que figuraba como no negociable el tercer punto, le respondí que no me parecían inaceptables las exigencias de la Guardia Nacional, pero que no era a mí a quien me tocaba juzgar eso. Le pregunté si podrían comunicarme con el señor Presidente de Costa Rica, para que él pusiera sus buenos oficios y me ayudara a hacer contactos con la Dirección Nacional del Frente Sandinista.

Toda la conversación con el señor Bodán, la había realizado en el despacho que perteneciera al General Anastasio Somoza. En esta oficina se podía apreciar como todo había cambiado en poco tiempo. Ese espacio se había transformado en una gran sala de comunicaciones, colocando encima del escritorio una radio de grandes dimensiones.

Accedieron a mi petición de contactar al Presidente Carazo Odio de Costa Rica. Luego de varios intentos que duraron horas, por fin lograron la llamada a Costa Rica. Un oficial me llamó y me dijo:

---Monseñor, aquí tiene su llamada---

Tomé el auricular y una voz del otro lado me contestó:

---Usted está hablando con el Palacio Nacional. Tanto el Palacio como Telecomunicaciones se encuentran liberados y en poder del Frente Sandinista---

Les comente a los oficiales del Bunker la información que acababa de recibir sobre la toma del Palacio y ellos de forma tranquila me respondieron:

---Así es la guerra Monseñor, hoy toman ellos el Palacio, mañana nosotros los volvemos a recuperar---

Esa respuesta me confundió dada la situación que ellos estaban viviendo en ese momento. Reanudé la conversación con la persona que me había respondido al teléfono, insistiendo que deseaba comunicarme con Costa Rica. Luego tantos esfuerzos y súplicas, a eso de la una de la mañana, logré hablar con el Presidente costarricense. El diálogo fue de la siguiente manera:

---Señor Presidente, ---le dije--- usted me perdona que le despierte a estas horas tan intempestivas, pero deseaba comunicarle que la Guardia Nacional se encuentra dispuesta a rendirse, siempre y cuando que se les asegure el respeto a sus vidas.

---Su Excelencia, ---me contesto el Señor Presidente---, yo mismo tomaré nota de lo que me está diciendo, haciendo todo lo que esté en mis manos para encontrar una solución.

Aproveche esta oportunidad para preguntarle si no era posible que me pusiera en contacto con la Dirección Nacional del Frente Sandinista. Me dijo que haría todo lo posible. Al poco tiempo se estaba haciendo los esfuerzos desde el Bunker para establecer contacto con un miembro importante del FSLN, todo gracias a la intermediación del Presidente Carazo Odio.

Con quien me comuniqué fue con el Comandante Humberto Ortega. Le comenté lo



mismo que le había dicho al Señor Presidente de Costa Rica. Además agregué que el Estado Mayor de la Guardia Nacional me había pedido que sirviera de intermediario en esta negociación. La paradoja en este contexto de guerra era que en las anteriores negociaciones donde participé como mediador, fueron los del bando contrario al gobierno los que pedían mi mediación, ahora era el Gobierno que quedaba del régimen de Somoza, el que me llamaba ante el temor de que la situación los encerrara en un callejón sin salida.

El Comandante Humberto Ortega, me aconsejó les dijera a los oficiales de la Guardia Nacional, que entregaran sus armas y sacaran pañuelos blancos en señal de rendición. Agregó que él debía hacer algunas consultas previas y que en espacio de algunas horas me volvería a llamar.

Les informé a los oficiales del Estado Mayor lo conversado vía telefónica con el Comandante Ortega. Convenimos con ellos que al día siguiente yo los acompañaría a Costa Rica para estudiar la forma de rendirse.

Mientras tanto la radio permaneció encendida toda la noche en la ante sala donde nos encontrábamos. Las noticias que se escuchaban eran alarmantes para los oficiales que se encontraban en el bunker: los combates en Managua estaban arreciando.

Cerca de las dos de la mañana, el teléfono volvió a sonar, era el Comandante Humberto Ortega. Me informaba que el Frente Sandinista pensaba que no era necesaria mi intervención como mediador, pues no tenían intenciones de negociar con la Guardia Nacional. Me sugerían que era más oportuna mi persona como testigo de cualquier resolución que se llevara

a cabo. Apenas había colgado el teléfono, volvió a repicar con fuerza, era de nuevo el Comandante Humberto Ortega, pero ahora quería hablar con el General y Jefe del Estado Mayor, Federico Mejía.

El Comandante Ortega fue directo al punto, notificándole al General Mejía que las columnas de combatientes del Frente Sandinista estaban llegando a Masaya y Managua. Conminaba al General y resto de oficiales y soldados salir desarmados mostrando banderas blancas. El señor Harry Bodán, una vez que escucho el relato entre el General Mejía y el Comandante Humberto Ortega, me pregunto si podíamos hablar en privado, le conteste que no tenía ningún inconveniente.

Entramos de nuevo al antiguo despacho del General Somoza. Allí le exprese al señor Bodán el nerviosismo que en esos momentos manifestaba el General Mejía, actitud que no contribuía en nada a mejorar el clima de tensión que se vivía en el lugar. Le sugerí que hablara por teléfono con los Presidentes de Costa Rica y Venezuela para que ellos gestionaran lo que creyeran oportuno.

El Ministro Bodán aceptó la sugerencia y llamó a su homólogo de Costa Rica, Don Rafael Ángel Calderón Fournier. Luego de una corta conversación mantenida entre ambos, me pasó el auricular para que hablara con el Ministro Calderón Fournier. Le repetí lo que hasta entonces conocía sobre las negociaciones para la rendición de la Guardia Nacional. Fue una conversación rápida, la cual finalizada se cayó en un compás de espera sobre los que estaban por venir.

Mientras tanto, los oficiales del Estado Mayor de la Guardia Nacional se retiraron a otra



sala a deliberar. Al cabo de una media hora aproximadamente, salieron todos lentamente y uno de ellos se detuvo a preguntarme:

---Señor Arzobispo. ¿Sabe usted manejar armas?

Le respondí con una broma:

--La única arma que maneje en mi vida fue un 22 para cazar patos en el Lago de Granada cuando era joven. ¡Quién sabe si ahora me acuerde, ni siquiera de la forma que tienen!--

A lo que el oficial me contesto:

---Vea Monseñor, vamos a tomar en estos momentos medidas muy enérgicas, medidas de militares. Nos gustaría que usted se regresara a su casa, pero para serle sincero, casi todas las carreteras de la ciudad están en manos de la guerrilla y en las calles se continúa luchando duramente. Le aconsejamos por ello se traslade al Hotel Intercontinental--

Siendo así, y viendo que ya nada más se podía hacer allí, acepté la propuesta de pasar la noche en el hotel que quedaba contiguo al Bunker. En un vehículo proporcionado por el Estado Mayor de la Guardia Nacional, nos trasladaron al Hotel Intercontinental. En este lugar, otrora lujoso y de actividad febril, no quedaba más nadie. Los pasillos permanecían en completo silencio y a oscuras, dándole un aspecto lúgubre. Los cuartos estaban en un completa desorden, dando la impresión de que una cantidad de gente había estado allí y había salido en desbanda.

Ante la imposibilidad de trasladarnos hacia otro lugar a esas horas de la madrugada,

decidimos quedarnos allí durante esa noche a la espera del amanecer. A las seis de la mañana, un incesante golpeteo en la puerta de mi dormitorio me despertó del profundo sueño en el que había caído, producto de la fatiga en que me encontraba, después de la agitación y desvelos de los últimos días. Al abrir la puerta, me encontré con un periodista que estaba creyendo que ahí estaba Monseñor Carballo, se quedó sorprendido al encontrarse frente a mí. Al mismo tiempo en la habitación de Monseñor Carballo y el Licenciado Roberto Rivas, se repetía una escena parecida a la mía, sólo que esta vez era el Coronel Ernesto Matamoros quien tocaba en la de ellos, esperando que fuera yo quien le abriera la puerta.

El periodista me pregunto:

--- ¿Monseñor no tiene miedo que le vayan a matar aquí mismo en el Hotel?---

Le contesté:

---Amigo, nosotros siempre estamos en manos del Señor---

Después de esto, el periodista me conto de manera rápida que el Bunker estaba desierto. Mientras conversaba con el periodista, Monseñor Carballo acompañado por el Licenciado Rivas y el Coronel Matamoros de la Guardia Nacional se nos acercaron a donde nos encontrábamos conversando.

Las primeras palabras del Coronel al verme fueron:

---Excelencia me han dejado sólo---

Este militar nos contó a continuación, como el Estado Mayor le había mandado a su casa para que se duchara. Al volver se encontró el Bunker



vacío, pues el Estado Mayor había huido durante la noche. En ese momento, llegó una persona que nos comunicó que dos alistados de la Guardias armados me buscaban. Baje hacia la recepción del Hotel acompañado por mis dos buenos amigos y por el Coronel Matamoros que nos acompañaría durante gran parte de los sucesos que ocurrirían ese día.

Mientras descendíamos de nuestras habitaciones, mis pensamientos corrían alocadamente, intentando buscar una explicación de la presencia de estos dos Guardias en el hotel. En ningún momento se nos olvidaba que los medios de comunicación Somocistas, hasta el último momento me habían llamado "Comandante Miguel". En toda ocasión me habían acusado de ser dirigente del Frente Sandinista. Los dos soldados al verme llegar, se me acercaron, mientras me decían que ya estaban cansados de la guerra y deseaban entregar sus armas.

A estas horas de la mañana la situación en el hotel se había convertido en una especie de caos. Poco a poco, se había llenado de soldados de la Guardia que despojándose de los uniformes los lanzaban para todos los rincones, en un intento desesperado por hacerse pasar por civiles. El oficial al observar esta escena me pidió:

---Excelencia, ¿no habrá posibilidades de que usted se traslade al Hospital Militar? Pues es probable que los soldados heridos tengan problemas al entrar el pueblo alzado en armas, pudiéndose producirse más derramamiento de sangre.

Una vez escuchado la súplica del oficial y en mi calidad de pastor de mi pueblo, me dirigí

en dirección del Hospital para interceder por los heridos con mis mejores oficios. Eran aproximadamente las 7 de la mañana del día 19 y durante el breve recorrido del Hotel Intercontinental al Hospital Militar, se representaba ante nuestros ojos escenas dantescas.

Por las calles vacías de todo tipo de tránsito, circulaban alocadamente los últimos vehículos militares. Los soldados de la Guardia Nacional que se iban agrupando a las puertas del Hospital Militar, iban arrojando sus pertrechos, a una gran hoguera encendida para este fin. Sus rostros solo hablaban de miedo y vergüenza, de derrota y exilio, de sus estandartes y vistosos uniformes ya no quedaba más que una voluminosa columna de humo negro, producida por la fogata donde se retorcián calcinados, cascos, uniformes, y otros pertrechos militares, produciendo un desagradable olor, que no hacía sino aumentar la imagen de por sí tétrica de esos momentos.

El que un día jugara a ser Rey había huido con su Corte, y sus soldados se habían quedado solos, sin saber por qué, ni por quién luchar. Faltaban pocas horas para que se corriese de manera definitiva el telón de esta obra que había durado 45 años.

Las mismas personas que días atrás habían jurado matarme, hoy me miraban con ojos de súplica. Es difícil poder describir las sensaciones que recorrían mi cuerpo: por una parte me embargaba la tristeza al contemplar aquellas personas, que aún habiéndome despreciado e injuriado, eran hermanos míos y ahora sufrían, ante el temor de pensar entregarse a un pueblo que muchas veces, ellos mismos habían humillado. Me sentía a la



vez esperanzado en pensar de un futuro más pacífico para nuestra Nicaragua.

Con gran dolor debo decir, que en aquellos momentos hubo personas a quienes les hubiera gustado que la violencia solucionara un problema que había tocado a su fin. Esto lo comprobaría al entrar al Hospital, donde recorrimos las camas alineadas en las que yacían soldados de la Guardia Nacional heridos.

En un momento determinado de nuestro recorrido, recuerdo vivamente, como un Sub Teniente levantándose de su cama se enfrentó al Coronel Matamoros espetándole en su cara:

---Ustedes, los gloriosos cadetes de West Point han huido dejándonos solos. Quiero que usted sepa que tengo una patrulla luchando en las puertas del hospital y otra combatiendo en los Barrios Orientales. Yo herido como estoy voy a levantarme de mi cama para ir a luchar con mis soldados---

Esta reacción violenta del oficial herido, expresaba el sentir de quienes propugnaban todavía la violencia, en un derramamiento de sangre inútil e incoherente. El Coronel, haciendo gala de toda su diplomacia y energía le contestó:

---Soldado, en la guerra unas veces se gana y otras se pierde. Hoy a nosotros nos ha tocado perder---

Después de esta situación tensa, le obligo al Sub-Teniente a que diese las órdenes pertinentes para que sus patrullas cesaran de combatir y entregaran sus armas. Para estas alturas eran ya cerca de las once de la mañana, y en los alrededores del Hospital empezaban a resonar

de nuevo los disparos de pistolas y fusiles, acompañadas de explosiones esporádicas de granadas, mezclada con los gritos que indicaban el avance de los guerrilleros y las ordenes de cese al fuego de los sitiados.

Los soldados de la Guardia Nacional acantonados en el Hospital me pidieron encarecidamente, si yo no podía salir a la calle a calmar los ánimos, presintiendo que se acercaba el momento más duro para ellos. Salí rápidamente y llegué a las puertas del Hospital. Allí estaba nuestro pueblo armado con los fusiles y granadas que la Guardia había abandonado. Otros portaban rifles 22 y revólveres que seguramente habían traído consigo de sus casas. Avanzaban en dirección al Hospital. Al verme, los muchachos armados cesaron de disparar y se me acercaron para dialogar conmigo. Sin pérdida de tiempo, les hice saber lo siguiente:

---Escúchenme, en estos momentos tan delicados que estamos pasando es necesario que todos guardemos la calma---

Ellos sin embargo, y animados posiblemente por el sabor de la victoria, me contestaron que estaban todos dispuestos a entrar y acabar con todos los guardias que se encontraran dentro. En esa expresión reflejaban el dolor y el sufrimiento de décadas de menosprecio y humillación. Una y otra vez afirmaban que iban a fusilar a todos los guardias que estaban dentro, creando una situación muy tensa.

Continúe la labor de intentar hacerles comprender que esto no produciría más que una nueva e inhumana masacre. Las palabras que use para persuadirlos de sus intenciones fueron las siguientes:



---Hermanos debéis acatar nuestro compromiso acordado, por el cual las iglesias, la Cruz Roja y los hospitales deben ser respetados---

Alguno de ellos me contestó:

---Monseñor, esto es un Hospital Militar y por consiguiente los compromisos acordados no tienen validez aquí---

Continué con insistencia logrando por fin, que comprendieran y aceptaran no entrar por las armas dentro del Hospital Militar. Todos ellos se quedaron afuera mientras esperaban las órdenes de sus comandantes o alguna otra autoridad del Frente Sandinista.

Al ingresar de nuevo al Hospital comprobé que la Cruz Roja internacional se había hecho cargo de los miembros de la Guardia Nacional. Consideré oportuno comunicarme con el Comandante Tomas Borge, para que él como autoridad que era dentro del Frente Sandinista,

evitara la desgracia que parecía avecinarse. Al poco tiempo llegó el Comandante Borge, escoltado por un grupo de milicianos y miembros armados del Frente Sandinista para ponerse a cargo de la situación.

Me retire en un vehículo que se nos había prestado, en dirección a mi casa. Todavía guardo vivo en mi memoria las imágenes de los rostros de satisfacción del aquel pueblo armado, que viéndome salir del Hospital Militar, me rodeaba para saludarme con gran alegría.

Me acomodé en el carro, y con una paz interna que me producía el haber cumplido lo mejor que pude los deseos de Cristo, al intermediar siempre evitando con ello una guerra fratricida entre hermanos. En un intento de aliviar en lo más posible los sufrimientos que esta situación bélica conlleva, tomamos rumbo hacia la Curia de Managua, en la espera de los nuevos acontecimientos, que aún le faltaban por vivir a mi sufrida y querida Nicaragua.

